

teria en la que se encuentra un gran número de dificultades, las que no habríamos podido superar sin él sino con mucha dificultad, y quizás no hubiéramos salido airosos. Como su obra es muy concisa y él solo se propuso hacer un compendio, nosotros desarrollamos lo que él ha encerrado en pocas palabras, á manera de germen, al cual damos toda la extension de que es susceptible. De este modo, aqui se encontrará bien á la larga lo que él, por decirlo así, no hizo sino indicarnos ¹.

« Además, las *Vidas de los Padres* por Rosweyde, los *Actos de los Santos* de Bolando y sus continuadores, los *Monumentos de la Iglesia griega* de Cotelier y las *Memorias eclesiásticas* de Tillemont son las principales obras que hemos consultado. Tambien hemos recurrido á los antiguos historiadores de la Iglesia y aun á aquellos que trataron particularmente de la disciplina religiosa, como a Casiano, á la coleccion de las reglas de San Benito de Aniano y, entre los modernos, á Bivario.

« En cuanto á los tratados ascéticos con los cuales hemos formado la doctrina espiritual de los santos solitarios, hemos procurado leerlos con atencion para dar de ellos un análisis bastante extenso. Tambien nos hemos aprovechado de las traducciones que se han hecho en nuestra lengua, persuadidos de que serian mucho más exactas que las que nosotros mismos podríamos hacer ».

Muchos de los historiadores de los Padres de los desiertos y de los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, cuyo testimonio se aduce en el curso de esta obra, vivieron ellos mismos en la soledad, y se encontrarán detalles de su vida al lado de las noticias que de ellos hemos tomado.

1. Bulteau murió en 1693. Habia publicado su *Historia de los monges de Oriente*, en 1678.

Citamos particularmente á San Atanasio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, Teodoreto, el beato Casiano, San Efren, San Nilo, San Basilio, San Gregorio de Nazianzo, Paladio, San Juan Climaco y San Juan Mosch. Tales nombres dicen por si mismos todo el valor de estas relaciones.

Como historiadores, Eusebio, Sócrates, Sozomeno y Procopio que escribieron en los siglos IV, V y VI, tienen una autoridad irrefragable. Gennado fué sospechoso de semipelagianismo, y esta sospecha debe poner en guardia sobre sus doctrinas; pero la parte histórica de sus escritos es estimada. Rufino, aun cuando necesite ser examinado, debe consultarse y puede serlo con fruto. San Teodoro Studita y Teófanos escribieron más tarde; sin embargo, los dos se cuentan aun entre los autores que hacen subir hasta las fuentes de la historia monástica. El P. Marin tomó de estos diversos escritores todo lo que hacia para su objeto.

Despues de los autores eclesiásticos que van desde el siglo IV hasta principio del IX, encontramos á los sabios, á comentadores, á los críticos. El P. Marin bebió mucho en sus numerosos y doctos trabajos. Ya lo dijo él más arriba y no tenemos porqué insistir en este punto. No obstante, á los nombres citados en las lineas que acabamos de reproducir, debemos añadir los de Baronio y Assemani. El P. Marin queria que su libro fuese, al mismo tiempo, un libro de erudicion, de sana crítica y de piedad; y este difícil resultado fué plenamente obtenido.

INTRODUCCION

I

El piadoso y sabio autor, cuyo trabajo casi textualmente reproducimos, el P. Marin, recuerda en su prólogo que el hombre ama la soledad, aun cuando haya nacido para la sociedad. Expone las diversas razones y los diversos móviles de este amor, y luego demuestra que el solitario cristiano, aquel que quiere estar separado de los hombres á fin de sentirse más cerca de Dios, obedece á un principio sobrenatural de vocacion divina y de gracia. « Los cristianos que se retiraron al desierto eran, dice él, queridos y favorecidos de Dios. La misma mano que retiró á Abraham de Caldea y á Lot de Sodoma, les separó del siglo. » Ellos no buscaban la soledad para gozar en ella de las delicias de los campos en el seno de la molición y ociosidad, sino que buscaban sitios espantosos, abandonados de todo el mundo, y allí, encerrados en una estrecha celda, ó retirados en el fondo de una cueva, se condenaban á los más rudos trabajos de la penitencia.

Pero ¿ buscaban, al menos, « gustar las delicias del espíritu en estudios estériles para el corazón ? » No. « Sus estudios fueron sobre las Escrituras santas y en los otros libros que les inspiraban el amor de las virtudes y les mostraban su práctica. Ellos no aspiraron á saber otra cosa que á Jesucristo crucificado y á adquirir la ciencia de la salvación. »

« Completamente ocupados del cuidado de su alma, se separa-

ban de todo lo que de él podía distraerles. No trabajaban sino en purificarse de sus pecados por la compuncion y la penitencia ; en combatir sus pasiones con la violencia evangélica ; en adquirir el hábito de las virtudes con una continua práctica de las mismas. Renunciaban á las riquezas, á los honores, á los goces de la vida ; se esforzaban sin cesar en purificar su corazon de los vanos afectos de la tierra ; tendian hacia Dios con todo el ardor de sus deseos ; elevábanse á él con la meditacion casi continua de las verdades reveladas y con la contemplacion de sus adorables perfecciones ; erigian en el fondo de su alma como un altar sagrado, sobre el que se ofrecian todos los dias á si mismos á este soberano Maestro cómo victima y holocausto, por medio de la mortificación, la adoracion, la alabanza, la accion de gracias y la más pura caridad ».

Táles fueron los verdaderos solitarios del cristianismo. No insistiremos en sus virtudes, puesto que vá á leerse su historia, van á verse sus obras, y todo elogio seria pálido ante la realidad. Nos limitamos á decir brevemente que los Santos Padres miraron los trabajos y el género de vida de los solitarios como una de las glorias de la religion. San Agustin, hablando de la verdad y de las costumbres de la Iglesia católica, se dedicó á alabar su santidad como alabó la castidad de las vírgenes. Hizo notar que estos dos estados eran dos de los más preciosos adornos de la Iglesia, y que esta esposa de Jesucristo rodeada de variedades, segun la expresion del Profeta, no menos se glorifica, á los ojos de su celestial Esposo, con el brillo que de él recibe que de los otros preciosos adornos que en ella puso segun su misericordia.

El mundo iba á encontrar en el desierto á esos hombres que de él se habian separado. Veráse que ellos sufrían verdaderamente por este atentado á su soledad. Temian los dones eminentes con que Dios les favorecia y usaban de ellos á pesar suyo. Veráse en ellos á hombres rectos, sinceros, humildes, pacientes, caritativos, de una conducta irreprochable, de una conversacion edificantisima, de una vida más angelical que terrena y que, por el desapego de todas las cosas y por la pureza de sus santos deseos, eran ha-

bitadores de la eternidad, en cuanto es posible serlo sobre la tierra. Otras religiones tuvieron y tienen todavia solitarios ; pero en ninguna parte se encontrarán hombres que puedan ser comparados con los solitarios católicos, hombres en los que pueda reconocerse la misma rectitud, la misma sabiduria, la misma humildad, la misma caridad, el mismo gusto del retiro y de la contemplacion y el mismo zelo por los intereses de Dios. Y es que solo allí estaba la verdad con su fuerza, sus luces y su amor.

Por esta breve exposicion debe comprenderse de cuánta utilidad puede ser esta obra. « No seremos exagerados si decimos que la lectura de las Vidas de los santos solitarios no es menos útil que la de los combates de los santos martires, puesto que su vida penitente, rodeada de otras virtudes, nos representa en ellos un largo martirio y nos los hace ver como sustitutos suyos, elegidos para esto, á fin de dar gloria á Jesucristo por un nuevo género de sufrimientos.

« Hé ahi porque San Benito, aquel gran patriarca de los monges de Occidente ha recomendado su lectura á sus religiosos y quiere que se instruyan en sus virtudes como en las sus Pádras en la vida religiosa. Todos los escritores eclesiásticos, que de ellos han tenido ocasion de hablar, lo han hecho con los mayores elogios y han reconocido que la relacion de sus hechos habia de ser de grande edificacion para sus fieles. Los que escribieron la historia de la Iglesia tomaron igualmente cuidado de enriquecer sus obras con la relacion de sus virtudes. Sócrates, Sozomeno, Teodoreto y Rufino nos han enseñado de ellos muchas cosas no menos edificantes que admirables. Y por último, las diferentes compilaciones que de los Padres se han hecho, han sido difundidas por todas partes desde hace muchos siglos, llevando doquier el buen olor de Jesucristo ».

La heregia pudo hacer adeptos entre los solitarios. Hubo en la soledad muchos monges buenos, pero los hubo tambien malos. Decimos ahora esto en dos palabras, pero volverenos á hablare de lo mismo en el curso de la obra. Sin embargo, seremos breves en

este punto, aun más breves de lo que lo fué el P. Marin. Como lo que principalmente nos proponemos es edificar á los cristianos con ejemplos y máximas de santidad, no hemos de entrar en detalles que, por otra parte, pertenecen á la historia general de la Iglesia más bien que á nuestra obra.

Notemos aqui de paso, con el P. Marin, que los errores que se deslizaron entre los solitarios no fueron de todos los tiempos. « Los primeros Padres de los desiertos tenian una fe pura ; luego, habiendo algunos por desgracia corrompido la suya, pero más bien secreta que públicamente, un gran número de ellos quedaron ortodoxos. Por último, habiendo adquirido fuerza la heregia, mostróse al descubierto y desde entonces se vió ésa separacion de los ortodoxos y hereges, que armó á estos últimos contra los otros, levantó altar contra altar, hizo confesores y mártires y atrajo la cólera de Dios sobre soledades en las que tantos monges eminentes en piedad le habian glorificado con sus trabajos y virtudes y habian hecho de esos lugares una tierra de bendiciones y gracias ».

II

La vida monástica ha tenido sus precursores en la antigua alianza ; pero la nueva es la que le ha dado su perfeccion. « Ya en la religion mosaica, dice Cantú, apoyándose en Filon, habíanse visto personas piadosas las cuales, para entregarse más exclusivamente á la vida contemplativa, abandonaban sus bienes y su patria y se retiraban en lugares desiertos. Estos solitarios pertenecian á los Esenios y llamábaseles en griego *Thérapeutes*. Vivian principalmente por las inmediaciones del lago Mæris, en Egipto, en habitaciones separadas, pero no tan distantes unas de otras que no pudiesen auxiliarse mutuamente contra los bandidos. Vivian en abstinencia, no probando bocado hasta despues de la puesta del sol ; y algunos, solamente comian cada tres ó seis dias, y nada más que pan con el que mezclaban á lo más hisopo y sal¹. Su ves-

¹ Haremos notar aqui que el clima de Egipto permitia abstinencias que serian imposibles en paises frios.



Grav. Bar.

Saint Antoine.

San Antonio.

est punto, aun más breves de lo que lo fué el P. Marin. Como lo que principalmente nos propoñamos es edificar á los cristianos con ejemplos y máximas de santidad, no hemos de entrar en detalles que, por otra parte, pertenecen á la historia general de la Iglesia más bien que á nuestra obra.

Notemos aquí de paso, con el P. Marin, que los errores que se deslizaron entre los solitarios no fueron de todos los tiempos. « Los primeros Padres de los desiertos tenían una fe pura ; luego, habiendo algunos por desgracia corrompido la suya, pero más bien secreta que públicamente, un gran número de ellos quedaron ortodoxos. Por último, habiendo adquirido fuerza la heregia, mostróse al descubierto y desde entonces se vió esa separacion de los ortodoxos y hereges, que armo á estos últimos contra los otros, levantó altar contra altar, hizo confesores y mártires y atrajo la ira de Dios sobre soledades en las que tantos monges eminentes en piedad le habían glorificado con sus trabajos y virtudes y habían hecho de esos lugares una tierra de bendiciones y gracias ».

II

La vida monástica ha tenido sus promotores en la antigua historia, pero la nueva es la que le ha dado su perfeccion. « Ya en el primer siglo, San Casmir, apóstol de Polonia, habíase retirado para dedicarse más exclusivamente á la vida contemplativa, abandonando sus bienes y su patria y se retiraba en lugares solitarios. Entre solitarios pertenecian á los Escitas y Hamabaseses en el lago Therapeutes. Vivian principalmente por las inmediaciones del lago Meris, en Egipto, en habitaciones separadas, pero no tan distantes unas de otras que no pudiesen auxiliarse mutuamente contra los bandidos. Vivian en abstinencia, no probando comida hasta despues de la puesta del sol ; y algunos, solamente comian cada vez á seis dias, y nada más que pan con el que mezclaban á lo más hisopo y sal ¹. Su ves-

¹ Hacemos notar aquí que el clima de Egipto permitia abstinencias que serian imposibles en países frios.

Tome 1.



Cornei. Jheric.

Saint Antoine.

San Antonio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Francisco Valverde y Telloz

tido estaba en relacion con este régimen austero ; se dedicaban á la oracion por la mañana y por la noche y pasaban lo restante del tiempo leyendo ó meditando en los libros sagrados, ó buscando en ellos alegorias y componiendo himnos y cantándolos¹. Tenian ejercicios en comun y se reunian especialmente cada siete semanas para comer y orar juntos. Las mujeres eran tambien admitidas á estas reuniones.

Los solitarios de la nueva alianza que, desde el principio, abrazaron este estado, se propusieron, dice el P. Marin, practicar los consejos del Evangelio y ejecutar á la letra aquellas palabras de Jesucristo : *Vended todo cuanto teneis, dadlo á los pobres y tendreis un tesoro en el cielo ; despues de esto, venid y seguidme.* (Luc. 18, 22) ; y aquellas otras : *Todo aquel que, por amor mio, abandonare su casa, ó á sus hermanos, ó á sus hermanas, ó á su padre, ó á su madre, ó á sus hijos, ó sus tierras, recibirá por ello el ciendoblado y poseerá la vida eterna.*

De modo que este estado no es una invencion humana, puesto que en él se toman por regla los consejos evangelicos ; y como Jesucristo es el autor de estos consejos divinos, debe tambien ser mirado como autor de una institucion en la que se hace profesion espresa de seguirlos,

Este divino Maestro, cuya sabiduria todo lo dispone con fuerza y suavidad, no proponia estas máximas como leyes indispensables á cada fiel para su salvacion, sino que las aconsejaba como medios saludables que podian tomarse, si queria uno ser perfecto, pero que quedábamos libres para no seguirlos, sin que por esto se perdiera la vida éterna.

Conviene, pues, distinguir en el Evangelio lo que es de precepto y lo que solo está aconsejado como más perfecto. Sobre esta distincion, se han fundado dos estados diferentes: el uno, de una vida comun, en la que, entre los estorbos de la vida civil, trabajo uno en santificarse, observando fielmente los preceptos ; el otro, de una vida particular, en la que, renunciando las cosas del siglo, se

¹ Cesar Cantu, *Historia universal*, t. V, pag. 547.